

gracia y de gloria, sobre todo por haber rescatado la dichosísima humanidad; de *oferta*, y, á este fin, ofreciéndole como muestra de reconocimiento, el poco bien que hacer podemos y que hacer deseamos en el presente dia con su gracia, consagrándole al mismo tiempo todo nuestro ser, nuestros sentidos, nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestra voluntad que en la suya confundiremos para que la santifique, y agregando á nuestra pobreza los méritos de todos los santos, y sobre todo de Maria santísima; de *súplica*, esponiéndole con humildad y confianza nuestras mayores necesidades, gritando á sus piés como el ciego del Evangelio: *Jesu, Fili David, miserere mei* (Marc., 10, 47) y nombrando los bienes particulares que imploramos de su bondad. Este es el momento mas propicio para pedir gracias, y para hablar al buen Dios que en nosotros se encuentra, de los menesteres de nuestra alma y de los de nuestra grey. Digamos en este momento una palabra á Jesus relativa al estado de tal ó tal pecador, recomendémosle tal ó tal desorden que corregir deseamos. Cualquier otro afecto de fé, amor, humildad, esperanza, arrepentimiento, protestacion, etc., será tambien escelente, con tal que brote del corazon. Si á veces nos hallamos mas tibios y distraidos que de costumbre, no hay que apurarse, sino suplicar á nuestro Redentor que á nuestra impotencia supla. El alimento se digiere en nuestro estómago, sin que en ello pensemos, con tal que no perturbemos la accion de la naturaleza. Dejemos obrar del mismo modo á la gracia, y con tal que no estorbe- mos su accion con distracciones voluntarias, no dudemos que sabrá digerir en nosotros el pasto celestial, y lo transformará en Jesucristo.

La tercera parte debe tener por objeto ofrecer al Se-

ñor dos principales propósitos: el primero, preservarnos en el dia de tal defecto á que mas sujetos estamos, nombrándolo al Señor como si no lo supiese, resolviendo evitar las ocasiones, y mortificar el sentido y la pasion que mas contribuyen á hacernoslo cometer; el segundo hacer en el mismo dia tantos actos de virtud particular, ó efectuar tal devocion ó mortificacion, nombrándola y ofreciéndola al Señor en prueba de gratitud.

La cuarta parte podrá concluir con la recitacion de las horas canónicas, oyendo al mismo tiempo, donde se pueda, una santa Misa, que es práctica bellissima y muy digna de un sacerdote ejemplar.

---

## CAPITULO IX.

### DEL AMOR DE DIOS.

---

#### ARTÍCULO I.

##### Motivos del amor de Dios.

Vos me mandais que os ame, ó Señor! con todo mi corazon, toda mi alma y todo mi espiritu. Este es el primero y el mayor de vuestros mandamientos, y el fin de todos vuestros preceptos. O Dios mio! vos os dignais exigir de mi un amor que, como una gracia, debiera implorar de vos. ¿Qué necesidad tengo de ser mandado para amar á mi sumo bien?

Para amaros tan solo me habeis criado, y, en mi co-



razon siento esa fuerza, esa voz, que me dice : *Ama á tu Dios*. Este es mi fin en la tierra, este mismo será mi fin y mi ocupacion en el cielo. Solo en el amor de mi Dios puede ser satisfecho y feliz mi corazon. Los sentidos y la carne me inclinan á la tierra y á las cosas de este mundo, pero la naturaleza de mi corazon tiende al cielo y á amar á Dios ó por Dios, y todas mis afecciones quiero dirigirlas únicamente á Dios. Del mismo modo que la tierra ha sido hecho para producir árboles, flores y frutos, los rios para correr al mar, y el sol en el espacio para brillar, así mi corazon tiene por destino amar á Dios. Todas las demas criaturas me dictan y me convidan á este sublime amor, diciéndome : *Para ti recibimos el ser, y tú para pertenecer á Dios única y exclusivamente*. Pero á veces siento que mi corazon se aleja del Criador para fijarse en las criaturas. ¡ O prodigio sorprendente contra las leyes de la naturaleza, y mas asombroso que lo seria el eclipse del sol simultáneo en toda la tierra, ó la subversion de nuestro globo ! ¿ Qué puedo hallar en las criaturas que no se encuentre reunido de un modo infinitamente mas perfecto en el Criador ?

Si busco la magestad y la grandeza, es tan grande la de Dios, tan fulgurante, tan espléndida, que, si solo por un momento, se mostrase á mi vista, haria desaparecer la magnificencia de los astros, la inmensidad de los cielos, el vasto ámbito de los mares, la suntuosidad de los monarcas mas poderosos de todos los siglos. ¿ Qué componen todas las grandezas del universo en comparacion de la grandeza de Dios ? Cuando apenas se dejó entrever, entre los truenos y relámpagos, y en medio de las nubes que rodeaban el monte Sinai (Exod., 20, 19), creyó morir el pueblo hebreo sobrecogido de terror. Cuando la

magestad de Dios se dignó bajar y llenar con su gloria el templo de Salomon (*Paralip.*, 7, 2), los mismos sacerdotes no se atrevian á entrar en el templo : *Nec poterant sacerdotes ingredi templum, et quod impletet majestas Domini templum Domini*.

Si me complazco en la belleza, Dios es infinitamente bello y perfecto ; y lo mas hermoso y admirable en el universo, no es mas que un rayo de su fulgor. Si, á mis ojos, se dejase ver, en un punto solo, y por un instante, este sol de eterna belleza, arrebatado seria en un estasis de júbilo supremo, como están en el cielo los santos, los ángeles y María santísima, por toda la eternidad.

Si busco la bondad y la magnificencia, Dios es un foco inmenso de caridad, é inagotable manantial de todos los bienes. El Señor me ha amado antes que ninguna criatura (*Joann.*, 4, 20) : *Ipse prior dilexit nos*. Me ha amado desde la eternidad como obra de sus manos, prefiriéndome á tantas otras criaturas posibles ; me ha criado á su imagen, me ha dotado de dones naturales, me ha conservado de tantos peligros, me ha colmado de bienes. Me ha amado con un amor de predileccion como hijo suyo, y por esto me ha hecho nacer en el seno de la Iglesia ; ademas se ha dignado elevarme á la dignidad de su sacerdote, me ha llenado de luces, se entrega á mi todos los dias en el sacrificio, me consuela, y me socorre de todos modos con sus gracias. Si pudiera ver el artificio maravilloso de la providencia y misericordia de Dios para mi conservacion y supremo bien : ó Dios, mi salvador y mi padre ! debiera exclamar, ¿ cómo no os amaré con todo mi corazon, despues de tanto amor y beneficios de vuestra parte ? ¡ Cuantos favores especiales he recibido de la bondad de Dios ! ¡ Cuantas veces he re-



conocido en el curso de mi vida y confesádome á mí mismo : aquí veo una nueva prueba de la misericordia de mi buen Dios, un medio amoroso de su providencia por mi bien ! Cuando de lo que me acontecia me inquietaba y apuraba como de un mal, el Señor me abria pronto los ojos, y me mostraba que lo que un mal me parecia tenia por objeto mi bien. ¿ Quien me ha perdonado tantos pecados como he cometido, quien me ha impedido caer en el infierno, donde tantos menos culpables que yo han caido, sino ese Dios amorosísimo que no sé conocer ni amar como debiera ? Pero esta caridad de Dios por mí debe escitar en mí una correspondencia de amor para un Señor tan bondadoso. Si, alma mia, amemos á nuestro Dios. Este santo sentimiento será toda nuestra felicidad en el cielo, pero esta felicidad tan solo puede ser una recompensa del amor que habremos tenido á Dios en la tierra. Si no amamos al Señor en esta vida pasagera, no nos será dado amarle en la vida eterna.

ART. II.

El amor de Dios forma los buenos sacerdotes.

Esta virtud distingue al buen eclesiástico del que no tiene mas que el hábito, pues, si en otras épocas, produjo el amor de la patria los heroes del siglo, el amor de Dios da origen á los heroes de la Iglesia, como los Ignacios, Saverios, Cayetanos, Camilos, Borromeos, Emilianos, etc. Prescindiendo del acendrado amor de tantos varones apostólicos, todos los ministros sagrados tienen indispensable necesidad de los ardores del divino amor, como el campo de los del sol para ser fertil en

buenos frutos, pues este celestial sentimiento inflama los espíritus generosos, multiplica en cierto modo las fuerzas, da valor para arrostrar todos los peligros del mundo y vuelve insensible á todos los tormentos. Todo desfallece sin tan sagrado fuego, todo se corrompe en el santuario sin esta sal tan vivificante. Los mismos talentos, los mas sublimes estudios son de poca monta y de escasa utilidad á la Iglesia si no los anima el amor de Dios : *Aun cuando tuviere la profecía, la inteligencia de todos los misterios y una ciencia universal, si no tengo caridad, nada soy* (Corint., 13), como nos dice el apóstol ; ó, en otros términos, si no me sirvo de estos dones por un principio de caridad consagrándolos á Dios *nada soy*, esto es, de ninguna consideracion soy para con Dios, el cual estima á los hombres, no tanto por la grandeza de sus acciones, y de los dones gratuitos, como por la pureza de la intencion, y el amor de que derivan. Para cumplir como se debe con los deberes del sacerdocio, no hay mas base que el amor de Dios, sin el cual el sacerdote vivirá para sí, y no para Dios. Jesucristo no dijo á san Pedro : *Pasce oves meas*, sino cuando se hubo asegurado, por la misma boca del apóstol, del amor que le profesaba : *Domine, tu scis quia amo te* (Joann., 21, 17).

ART. III.

Lo que son los sacerdotes sin amor de Dios.

Es lastimosa calamidad para la Iglesia que haya tan pocos sacerdotes que amen á Dios con sinceridad. Los que tienen á cargo producir en los altares el amor eterno,



y encenderlo en los corazones de los fieles, son á menudo los que lo dejan apagar en los propios. ¡Ay! ¿qué son los sacerdotes que no inflama el amor de Dios? Indolentes en los mayores menesteres de la Iglesia, insensibles á los escándalos, sin gusto por las cosas del cielo, sin zelo por las almas, huyen de la fatiga, hallan insupportable todo lo que es religion, temen al mundo, esclavos son del concepto humano, no hay obstáculo por pequeño que sea que nos los avasalle, contentos con complacer á los ojos del mundo poco se cuidan de agradar á Dios, buscan los honores y provechos del sacerdocio y no las fatigas, y, cuando mas, cumplen esteriormente con la ley, sin ocuparse del espíritu. Todo esto porque carecen de amor de Dios.

ART. IV.

Quien amará á Dios, si no lo aman los sacerdotes?

¿ Si no lo aman sus sacerdotes, quien amará á Dios? Libres de todos los vínculos del mundo; elevados y cercanos á Dios por la misma santidad del ministerio; mas iluminados en el conocimiento de sus perfecciones infinitas á consecuencia de los estudios, meditaciones, cánticos y misterios divinos que celebran; con obligacion mas estrecha por la eleccion con que los honra Dios y por los favores con que los distingue del pueblo, no solo tienen mayor deber sino mayor facilidad de amar á Dios, y este amor debe ser toda su herencia, su afan y ocupacion. El corazon de un sacerdote debe resplandecer de amor divino, y consumirse en las llamas de un holocausto continuo al Altísimo, como el incienso que humea

en los altares. Mas ¿ donde se encuentran estos corazones que arden de amor divino? ¿ Quien lo creeria? Una débil muger vence á menudo y supera en divino amor á los ministros de Jesucristo. Se la ve á las puertas del templo debatiéndose en los mas tiernos afectos á su Dios, mientras que en el altar se halla el sacerdote frio é insensible entre las llamas de los sagrados misterios. ¡ Cuantas personas hay en el mundo que aman á Dios mas que sus ministros! Estos serán los jueces que nos condenarán en el tribunal de Dios.

ART. V.

El amor de Dios en sus sacerdotes, debe ser mas efectivo que afectivo.

El amor de Dios, sobre todo en sus sacerdotes, se requiere mas fecundo en obras que en afectos, pues la verdadera caridad no puede estar ociosa: *Si non operatur, dice san Gregorio, amor non est (Hom., 30, in Evang.)*. El amor de Dios debe ser el movil y fin de todas nuestras acciones para que de Dios emanen siempre, y á Dios se encaminen. Siendo el movil, hará que, siempre activos en obrar y pacientes en las aflicciones, emprendamos todo lo que necesario y útil juzguemos para la gloria de Dios. Siendo el fin, todo lo ejecutaremos con placer y llenos de amor y júbilo.

Buenos y recomendables son los actos frecuentes de amor á Dios, y demas afectos de un corazon tierno, mas sospechosos serán siempre que no se reduzcan á práctica. Muchos se contentan con cierta compostura esterior, con un interior lleno de grandes sentimientos de Dios, y hablan como los ángeles; mas si se trata de obrar no



son los mismos. Si se requiere instruir á los niños, exhortar y corregir á los pecadores, reconciliar á enemigos, asistir á los enfermos, consolar los afligidos, reparar los escándalos, socorrer á los pobres, pocos están listos, casi todos carecen de valor, las dificultades parecen tremendas : *el leon está en el camino*; mientras que con el amor de Dios, todo lo encuentra fácil, no ahorra fatigas y no teme obstáculos. Desengañémonos : *Totum opus nostrum in operatione consistit*. La caridad se conoce por las obras ; importa obrar por el servicio de Dios y del prójimo, y, sin las obras, humo son todas las afecciones anagógicas, las cuales, si bien pueden proceder de un espíritu inclinado al bien, no valen la acción que es el cuño que marca el verdadero amor de Dios.

---

## CAPITULO X.

### DEL AMOR DEL PRÓJIMO.

---

#### ARTÍCULO I.

La caridad del prójimo es caracter esencial del ministerio sacerdotal.

No se puede amar á Dios sin amar al prójimo, pues el primer efecto del amor de Dios es el inclinarse á amar al prójimo, como, recíprocamente, el primer efecto de nuestro amor al prójimo es amar á Dios. Y hay que advertir que no llegaremos á amar al prójimo como á nosotros mismos, si no le deseamos el bien que para nosotros

mismos debemos desear, esto es, el amor divino que nos une á nuestro bien soberano.

Nadie tiene mayor obligacion de esta caridad que un sacerdote. Si Jesucristo quiso que todos sus fieles se distinguiesen de los demas hombres por la caridad, esta misma virtud, en mas alto grado, debe distinguir al sacerdote de los demas fieles. Si la plenitud de la ley se halla en la caridad, ¿donde debe residir la plenitud de la ley sino en los sacerdotes que de ella son depositarios? Si la caridad es el espíritu de Jesucristo, y la misma esencia de Dios, qué es la suma caridad, *Deus charitas est* (Joann., c. 4, 16), ¿quien debe realizar el espíritu de Dios sino el sacerdote como ministro suyo? Si el hijo de Dios vino al mundo para traer y esparcir el fuego de la caridad, *Ignem veni mittere in terram* (Luc, 12, c. 49), ¿no debe desear sobre todo que se encienda en los sacerdotes que son las lámparas del santuario? Teniendo por mision predicar continuamente á los pueblos el gran precepto, el precepto nuevo, el fin de todo precepto, la caridad, no podemos inflamar el corazon de los hombres, si no se hallan inflamados los nuestros. Ministros del padre de la misericordia, no podemos corresponder á sus intentos sin un corazon lleno de misericordia.

Nuestro ministerio es un continuo ejercicio de caridad, y fuera de su órbita se hallan todas las obras que no parten de esta virtud, la cual, en los sacerdotes, es el ánima de las demas. Por caridad oramos, sacrificamos, predicamos, visitamos á los enfermos, administramos los sacramentos. Lejos de nosotros todo fin fuera del de la caridad. Aun hasta nuestras amenazas y reprensiones deben derivar de ella. Por ella cubrimos los defectos de



todos, sufrimos las flaquezas de todos, padecemos en las penas de todos. ¡O hermanos míos, vistámonos de tan divina virtud! *Studeamus viduarum defensionem, pupillarum utilitati, lugentium consolationi, dissidentium paci. Suscipiatur peregrinus, adjuvetur oppressus, vestiatur nudus, foveatur ægrotus* (S. Leon, Pap. Serm. 2. De Jejun.). Tal es el espíritu del sacerdocio en el espíritu y en las obras de la caridad.

ART. II.

Idea de un sacerdote animado de caridad.

Su corazón es el ara santa en la cual reúnen y se consumen todos los afectos de los fieles. La enfermedad, la pobreza, las aflicciones, los males de sus hermanos, males suyos son: *Quis infirmatur, et ego non infirmor?* (2. Corint., 11, 29). A todos abre su seno y parece convidarlos con las palabras del Dios de todo consuelo: *Venid á mí todos los que estais en la afliccion* (Math., 11, 28); hablad á vuestro amigo; mi corazón fué formado para oír vuestros afectos. ¿Sois pecadores? Por vosotros imploraré al eterno Padre, os hablaré el lenguaje de la misericordia, curaré las llagas de vuestra alma. ¿Os hallais afligidos, perseguidos, enfermos? Vuestro estado escita mi compasión, mis lágrimas mezclaré con las vuestras, añadiré los auxilios de una mano benéfica á la compasión de un corazón amoroso. Me complazco en asociarme á las penas y tribulaciones, y no á los gozos del mundo. Las amarguras me atraen, los deleites me repelen; los placeres de este mundo nada tienen que ver conmigo, mi misión es acudir donde hay llanto y sinsa-

bores. El mejor puesto para un sacerdote es al lado de los afligidos. A nadie prefiero, á todos amo como hijos del Padre eterno y hermanos en Jesucristo. Si recibo injurias las olvido, ó solo me acuerdo para hacerlas olvidar al que me injuria con mis beneficios. Si hay alguien que contra mí tenga aversión, yo no la tengo por nadie, y no me cansaré de amar al que mas me odie, aun cuando sepa no ser nunca amado. ¡Ojalá tuviera la llave de todos los tesoros del mundo para socorrer á los desdichados! ¡Ojalá tuviera todos los consuelos del alma y del cuerpo para que no hubiera infelices en la tierra! Mi corazón, abrasado de una caridad expansiva, desea ver á todos dichosos, á todos santos.

ART. III.

De los sacerdotes desprovistos de caridad por el prójimo.

¿Quién de nosotros podrá sin avergonzarse explicar la parábola del herido de Jericó, al ver que un samaritano tiene mas caridad que un levita? Mas desgraciadamente harto á menudo se renueva este escándalo entre los eclesiásticos, pues nos amamos en demasia, y poco á nuestros hermanos. Nuestra mano es tan estrecha como nuestro corazón, é insensibles nos mostramos á las miserias espirituales y temporales de tantos infelices que deberían hallar en los sacerdotes los mas tiernos padres. En vez de llamarlos á nuestro seno, los despedimos si se presentan á nuestra puerta. La envidia, la ojeriza, la venganza, su nido hediondo construyen en el pecho de los sacerdotes, en que todos los dias reposa el Dios de caridad. El encono y la maledicencia bañan de la mas



amarga ponzoña esos labios que debieran destilar las dulzuras de la caridad y de la compasion. ¡ Cuantos sacerdotes hay asperos, secos, de un corazon duro, llenos de orgullo tiranizados por las pasiones mundanas. Los meros seculares nos compadecen mas veces que nosotros mismos, y vense entre ellos, ejemplos de generosidad y ternura que no presentan los sacerdotes. *Las fieras mas feroces, dice el profeta (Jerem., Tren. 4), dan de mamar á sus hijuelos, mas la hija de mi pueblo se ha vuelto cruel como el avestruz del desierto.*

## CAPITULO XI.

### DEL ZELO ECLESIASTICO.

#### ARTÍCULO I.

¿ Qué es el zelo?

La caridad engendra el zelo, y la definicion de este es un desco ardiente de realizar la gloria de Dios y la salvacion de las almas, de modo que el zelo es lo mismo que la caridad, ó, cuando menos, el efecto principal de esta. *Quis est zelus, dice san Bernardo, nisi intima quedam stimulatio charitatis pie nos sollicitantis æmulari fraternam salutem, æmulari decorem domus Domini, incrementa lucrorum ejus, incrementa frugum justitiæ ejus, laudem et gloriam nominis ejus?* Y como no puede haber fuego sin calor, asi no puede haber caridad

sin zelo. Pero la caridad es un precepto, un gran precepto, *mandatum magnum in lege*, luego tambien es un precepto el zelo.

#### ART. II.

El zelo es una virtud característica de los sacerdotes, y sobretodo de los pastores.

Calidad distintiva y característica del sacerdocio es en efecto el zelo, y en ella estriba el fin entero del sagrado ministerio. Nuestro Señor, que lo instituyó, demostró en su mision, como tambien en la de los apóstoles, que no tenia mas objeto que el restablecer la gloria de su eterno Padre, tan oscurecida en el mundo; y, al mismo tiempo, operar la salvacion de los hombres. Y siendo este el único objeto del zelo, siguese que este forma el solo fin del sacerdocio de Jesucristo. Para separar del pueblo á los que al altar destina, se debiera intimar el grito de Matatias (Macab., lib. 1, 2, 27): *Qui zelum habet legis, statuens testamentum, exeat post me.* Dios aseguró á Finees y á su descendencia el pacto sempiterno del sacerdocio, porque mostró un gran zelo. *Quia zelatus est pro Deo suo (Numer., c. 25, 15).*

El zelo en los pastores no solamente es un precepto de caridad sino un deber de justicia, pues así lo exige su estado, y la recompensa que de él deriva. Se ha dicho con razon del cura párroco que nunca se salva solo, pues una de dos cosas: ó tiene zelo por la salvacion de las almas, y se salva entonces con muchos que le siguen ó preceden á la gloria; ó carece de zelo, y se condena con muchos que dejó perecer y á causa de los cuales perece él mismo. El buen pastor da su propia vida por la